LA ACCIÓN OBRERA

SEMANARIO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO

PORTE PAGO | PORTE PAGO

AÑO IX — NÚM. 331

Buenos Aires, Mayo 1º de 1914

APARECE LOS SABADOS

DIRECCION: COLOMBRES 1062 (Dep. 2º)

SUSCRIPCION:

República Argentina, por mes 0,50

Exterior, por mes, pesos oro 0,25

1º DE MAYO

EL CREADOR

En la nueva génesis de un nuevo, destácase imponente y grande la figura legendaria, surgiendo de entre un cúmulo de epopeyas gloriosas, del proletariado sindicalista revolucionario, que de la nada de su triste pasado de esclavitud va sacando — novel creador — su majestuoso imperio, su personalidad gigante, forjadora de universos rebozantes de vida, de bienes y de bondad.

El proletariado, de entre las tinieblas de la noche hace surgir la luz. Por un mandato de hecho y de acción, de esfuerzo y sudor, arranca a la tierra los frutos, desgaja sus flores de espléndidas plantas. Toma del fondo de las galerías subterráneas el calor que duerme frío y yerto, y lo resucita a su antiguo pasado en la expresión más viva de su poder. Traslada los restos de los árboles, convertidos en piezas de arte y de utilidad, a los hogares; los convierte en veloces vehículos que trasponen las distancias más seguros y más rápidos que el viento. Convierte la tierra y los elementos brutos en objeto que expresan vida y movimiento, y en alas del vapor o de la electricidad los transporta de un extremo al otro del orbe. Levánta ciudades inmensas sobre desiertos, frente al mar intranquilo y amenazador, sobre las montañas y debajo de los volcanes...

Es el creador, es el trabajo que se levanta sobre sí mismo, imponiéndose a todos. Crea su pan, su casa y su gloria. Crea hasta las nubes que forman el nimbo sobre el cual se eleva su personalidad; nubes que parten de toda chimenea, cada una de las cuales es una columna, sostén de la civilización.

Este genio creador, este poder inmenso, esta fuerza incomensurable, que todo lo hace y todo lo puede; que de las tinieblas de la mina saca la luz, de lo helado el fuego; que de lo bruto y de lo informe, hace lo bello y la perfección, siguiendo el raro sistema de tal antítesis, de su genio y de su fuerza ha forjado las cadenas con que la debilidad astuta lo sojuzga y lo explota.

En su campo natural de acción, en su casa, podría decirse; en el lugar de la producción; donde manifiesta su potencialidad fecunda y pródiga; donde aplica las energías de sus músculos de acero y donde revela sus dotes artísticas en las mil variadas formas del trabajo y del producto; donde en su obra vuelca su inteligencia, su amor y su ser, no sólo es ajeno sino esclavo a cambio de un miserable salario, y de su obra no es dueño ni determina su destino, ni sabe su empleo; siendo despojado del fruto de su trabajo, del hijo de sus energías y donde queda expuesto en cualquier momento a ser compensado, de sus años de sudor y dedicación, con todas las vejaciones, la miseria y hasta la falta del pan.

Y esto está establecido e impuesto al obrero, por su misma generosidad de esfuerzo. El creó demasiado, dió mucho **fruto y riqueza**, y todo eso, capitalizado, quedó en poder de una clase, los capitalistas, que han acomodado el sistema social a sus conveniencias, apoyadas hasta por los mismos perjudicados, que vivieron por siglos bajo la sugestión del amo, del sacerdote y de la autoridad. Pero el desarrollo enorme del capitalismo industrial, al quitar de la fábrica, de la mina, del campo a sus dueños visibles, reemplazándolos por los amos invisibles en forma de accionistas que nada saben ni entienden de lo que les enriquece, ha dado a la clase obrera los elementos morales de su naciente valor social.

E iniciose la lucha entre el proletariado, poderoso y vencido, y la vencedora burguesía, débil y triunfante.

Una serie de contrastes sociales forman el fondo de la sociedad capitalista, basada sobre fundamentos que generan la lucha y la guerra de las clases. De ahí la necesidad, sentida por los dominadores, de dotarse de una fuerza artificial, del militarismo, del clero, de la ley y de sus jueces, con el fin esencial de mantener en la sumisión al factor de su riqueza. De ahí las represiones, las matanzas, las leyes liberticidas.

Pero la lucha entablada continuó por sobre toda acción criminal burguesa, y continuará hasta la conquista de la justicia proletaria.

Síntesis y consagración de ese incesante batallar, conmemoración de un pasado lleno de recuerdos y episodios gloriosos, y protesta, a la vez, contra la explotación que subsiste, surge el 1.o de Mayo en el concierto del mundo obrero, que lo espera y lo recuerda, como símbolo en el tiempo de su paso ascensional hacia la emancipación.

Tantas acciones, tantas conquistas, que forman un libro de oro escrito con sangre de los nuestros, tienen en este día una vibración, un eco que se prolonga en el futuro, recogido como herencia moral — nuestra única herencia — por los sucesores de todo movimiento revolucionario.

En este día los pueblos se unen y se confunden en un movimiento mundial, en una expresión de agravios única y unánime contra el común enemigo y surgida del común dolor. A las fechas particulares con que la burguesía llevó a los pueblos de cada país a su conmemoración recordándoles acciones fratricidas que los dividen, el proletariado opone esta conmemoración de sus luchas y de sus reivindicaciones comunes, que recuerdan triunfos de todos los pueblos contra todos los tiranos y explotadores de la tierra.

Es la nación humana, la patria internacional de los hijos del pueblo, de los productores que realiza la conmemoración de sus batallas contra la nación internacional capitalista, aparentemente dividida pero fundamentalmente una porque sus intereses y sus capitales están entremezclados y unidos.

Pero no es una vana celebración. Es una nueva afirmación de guerra a la explotación y al privilegio capitalizado. Es un acto de reclutamiento de nuevas energías, de despertar de nuevas conciencias. Es un nuevo llamado a la acción, y hasta es una acción también, puesto que se abandona el trabajo, se deja el lugar de explotación para sostener el principio de la emancipación del trabajo de todo yugo opresor.

Es el eterno creador de tanta vida, de tanto bien y tanta bondad, que continuando su gestación sin término va elaborando una nueva forma social, más bella, más armónica, que responda al anhelo y a los intereses de los productores. Es el dinamismo social, es la revolución obrera en una de sus manifestaciones que simbolizamos en un supremo hacedor que prepara el nuevo mundo de los libres productores, propósito final del sindicalismo revolucionario, nuestra doctrina hermosa, hija de ese creador del taller, al cual interpreta como una fiel pitonisa que tiene por templo la fábrica y por dios a la vida.

La Vida, cuyo impulso de renovación sobre todo lo existente, es el creador que amamos y que actuamos en nuestra acción, pues este supuesto hacedor universal, como el dios panteista, reside en la acción y la actividad que vibra en todas partes.

Y nosotros, que seguimos sus dictados entendemos que con nuestra lucha, con nuestra actividad y acción, le rendimos digno culto.

De este culto hecho acción es de donde surgirá libertada la clase obrera, y el trono del trabajo soberano surgirá del nimbo que la fábrica libre vertirá de sus gallardas chimeneas.

Así llegará el proletariado a un mundo feliz, con su cuerpo ensangrentado, pero con los laureles del triunfo coronando sus augustas sienes.

EL MILITARISMO

El valor y el poder de la organización tienen un alto exponente en el militarismo, que es ante todo (y sobre lo cual levanta su formidable potencia) un cuerpo orgánico, una reunión de individuos, unos colocados por el interés, la oficialidad, y otros por la fuerza o la sugestión.

Es la organización llevada a su máximo grado de intensidad, con todos los resortes coadyuvantes más fuertes, y a la vez con todos los rigores tendientes a evitar que el potente amasamiento de voluntades contrarias, el estrujamiento de sus componentes produzca el resquebrajamiento total que existe latente en su seno.

La autoridad es llevada también a su mayor grado de intensidad y perfeccionamiento, llegando al mando absoluto, por un lado, y la obediencia ciega por el otro.

Pero el militarismo como la autoridad no viven de sí y por sí. Tienen su razón de ser, sus fundamentos en otras causas. Existen para cumplir una misión encomendada. Sus fundamentos están en la forma capitalista de producción, de donde surgen la autoridad y a cuyas necesidades responde el ejército.

Veamos de trazar su origen.

El sistema de producción burguesa, es decir, los fundamentos económicos del hecho que estudiamos, tienen establecida en sí una jerarquía, una jefatura, la del patrón y sus segundos: directores, gerentes, capataces, etc. Esta autoridad en la fábrica es una consecuencia natural y lógica del poder sobre las máquinas, del derecho de propiedad. El derecho de propiedad es un derecho de autoridad sobre las cosas. La propiedad es la autoridad sobre los bienes. Esta autoridad sobre los bienes genera la otra autoridad, la del patrón y sus derivadas, sin lo cual no tendría aplicación aquélla. Pero que quede bien establecido que la primera autoridad, origen y fundamento de las demás, es la propiedad. La autoridad de la fábrica y del lugar de trabajo de cualquier clase que él sea, traspone los límites de sus fuentes originarias y se manifiesta en la vida social y política, sin la cual, nada valdrían tampoco aquéllas, que estarían expuestas á continuos trastornos y a desaparecer arrolladas por las fuerzas que dominan y explotan. El gobierno, los jueces, el militar, el policía no son, en tal concepto, sino una prolongación social y política de esa autoridad económica, un complemento de la misma, surgido pará sostenerla y asegurarla.

Un hecho sencillo nos prueba eso. Las sociedades primitivas, o aquellas en que aún no se ha adoptado la forma capitalista industrial, tienen un ejército relativamente reducido y su autoridad y gobierno no tienen esa fuerza y rigor alcanzado por los países civilizados. En Africa y en Asia, y en todos los países poco adelantados de América puede observarse este hecho.

El militarismo se nos presenta así, no como un resultado de la idealidad patria, ni como el defensor del honor nacional y las glorias de la bandera, algo cuyos fundamentos son altos principios morales, factor espiritual con existencia independiente de toda cuestión de otro orden, sino como un producto subordinado a causas materiales, a intereses de clase.

El ejército es un complemento exterior del capitalismo. Por eso, en los países industrialmente más adelantados, o sea donde hay más capital en relación a la población, más numeroso es el ejército. Habiendo más que defender hay más defensores.

Las altas idealidades no pueden ocultar ese hecho verdadero, base real del militarismo.

Su actuación, su empleo, la prueba experimental de su acción, no hacen más que probar eso con la acción de cada día. El ejército cada vez va tomando mayor intervención en las luchas que contra el capital sostienen los trabajadores; cada día va tomando más el carácter de guardia, de policía, y, perdiendo su carácter de defensor del país.

Así es como se revela, como es: como una institución de clase igual que cuantas tiene constituídas el estado o la burguesía gobernante. Y ante esa comprobación de hecho es que se levanta la afirmación revolucionaria del antimilitarismo, como una de las tareas indispensables de la preocupación proletaria y de la acción de sus sindicatos.

Frente a la forma económica del capital, el sindicalismo levanta su bandera revolucionaria tendiente a destruir las bases del capitalismo, y en su obra se encuentra con el militarismo, una de las partes del sistema, y necesariamente ha de proclamar su oposición a este derivado y sostén de la burguesía, con tanta mayor razón cuanto que el ejército está compuesto de la juventud proletaria en su principal conjunto formado por el soldado.

Este, hijo del obrero y obrero él mismo, está contra sí mismo y contra los suyos por la fuerza y la influencia de la educación burguesa y patriótica de la escuela, pero al cabo la condición real de productor del soldado primará sobre sus prejuicios artificialmente inculcados, y entonces la unidad que forma el gran conjunto, la organización rígida e inquebrantable hasta el presente, comenzará a presentar enormes grietas y se iniciará el derrumbe, que irá, naturalmente acompañando a la acción del ejército industrial en sus ataques y sus esfuerzos de conquista de la máquina.

Frente a esa organización, minada por el espíritu sindicalista revolucionario, se levantará con la solidez de la armonía de intereses y aspiraciones la organización de los productores, que habrá adquirido la fuerza de la organización de las viejas instituciones del estado presente, sin sus feroces fundamentos disciplinarios, y por la sola unidad de aspiraciones.

Minada la forma económica burguesa, estará minada su organización militar; las conciencias estarán conquistadas para la causa de los productores y la fuerza será nuestra. Los viejos valores habrán desaparecido y entre ellos el falso valor militar hecho de intereses burgueses barnizados de patriotismo.

El museo lo recibirá con horror para trasmitir las pruebas de tal monstruosidad a las generaciones nuevas, las cuales, para honra de la especie, negarán con incredulidad la existencia de semejante institución formada para el asesinato, la explotación y la esclavitud de los pueblos.

Alcides Atahualpa.

Los dogmas y el Sindicalismo

La resistencia al empuje vigoroso de las fuerzas vivas que actúan como elemento de transformación, estuvo siempre representada por los conceptos absolutos, vaciados en los moldes de un determinado punto de vista que se acoraza impertérrito a la discusión y desconoce obstinadamente los hechos, por más evidentes que ellos sean. No hay poder de lógica que logre abrirse brecha a través de los que viven interiormente, ajenos a las corrientes que los arrastra.

Son las víctimas del dogma, que incrustados a la roca arcaica del pasado, o enamorados de una Idea, con base en la abstracción de un principio fuera de la realidad, constituyen la rémora de todo lo que avanza. Ellos realizan la tarea de opositores al libre curso de la acción renovadora; unos, defendidendo el pasado de los embates del presente; otros, pretendiendo orientar los hechos hacia las construcciones metafísicas de la imaginación: hipérboles que estallan como bombas luminosas, y que quedan en el recuerdo de los predestinados al fanatismo, convertidas en dogmas intangibles.

En la historia de todos los tiempos, que se repite incesantemente, estos espíritus parece que desencadenan a la legión de demonios que habitan en ellos; están unidos al dogma como las brujas del aquelarre a la escoba del Sábado. La montura hechizada del fanatismo dogmático toma sus huéspedes a la grupa, y los lleva, en carrera vertiginosa, hacia los dominios de la pesadilla, acicateados por la locura interior, cual jinetes fantásticos galopando en pos de sus sombras gesticulantes.

Y el odio feroz de estos insensatos, hacia los que silban su humorismo sarcástico a aquella zambra desenfrenada que compite con lo absurdo, es inconmensurable.

Así se explica que el sindicalismo, expresión de la fuerza nueva del proletariado libre de prejuicios, que actúa prácticamente contra el orden existente, haya desencadenado sobre sí el furor del dogmatismo. Acción ante todo, abrió su ruta y presentó su proa, frente a las tempestades de la ira capitalista y los fanáticos de todos los dogmas, que ocultos en las oquedades y acurrucados en la sombra, como los diablos de Milton colándose por la puerta del Pandemonium, se introdujeron confundiéndose en la organización sindical de los trabajadores para absorber la sabia poderosa que acumula en sí el movimiento obrero.

El dogma, hundió su hocico y extendió sus garras dentro de las filas proletarias, mutilando el joven organismo en girones separados, que lo inhabilitan hoy para la lucha eficaz y contundente, contra sus enemigos de clase. Pero como el Zeus de la leyenda, el sindicalismo concentrará al fin su potencia, fulminando los prejuicios que desorientan y la oposición tenaz de la clase dominante.

El, se abrirá paso con la pujanza materializada en acción constante: demoledora y constructora a la vez. Demoliendo obstáculos y construyendo el nuevo mundo del trabajo, sin parásitos, sin dogmas y sin fanáticos poseídos por las crisis calenturientas del delirio visionario.

El sindicalismo, vigor de fuerzas latentes que tiene sus centros propulsores en la organización sindical de los trabajadores, surgirá victorioso de esta lucha colosal contra los atavismos ancestrales que aún dominan las masas proletarias, fruto de herencias milenarias.

La razón de la fuerza, opuesta a la mentira de los dogmas y de la tiranía burguesa, es el lema que condensa el sindicalismo como una potencia activa que marcha, sin tregua ni descanso, ascendiendo siempre hacia la meta de la emancipación proletaria, sin fijar fronteras circunscribiendo horizontes en fórmulas apriorísticas, incubadas allá en las noches de insomnio, por la exaltación del ingenio, hecho fantasía.

Acción y fuerza, combate y lucha, materialización de energías, esfuerzo inteligente, sin cobardías ni claudicaciones, propósitos concretados a la realidad; eso es el sindicalismo, combatido, en todas las maneras por los enemigos de clase del proletariado, por los adoradores de dogmas o ideólogos de las sectas y partidos; todos los cuales cifran su triunfo en la incapacidad y falta de acción de la clase obrera para practicar su liberación, sin recurrir a nadie más que a sí misma.

Por eso es que el sindicalismo golpea sin compasión los ídolos que al caer, dejan ver su podredumbre interior con las ratas y víboras que salen de sus cavidades. Ataca con la ironía y por la fuerza de su acción los ideales abstractos, convertidos en dogmas, que al fin se irán desmoronando lentamente, como esas grandiosas visiones que deslumbraron, arrebatando los espíritus por un momento, hasta que palidecen como soles que tocan a su ocaso.

L. Trystán Vago.

LOS ENTRETELONES DE LA GLORIA

Epistolario de Marx y Engels

Los estudiosos del marxismo siempre han lamentado la falta de una buena biografía de Carlos Marx, que bien podría, si la hubiese, arrojar alguna luz sobre los puntos obscuros de su doctrina y facilitar la exacta interpretación de sus palabras. El deseo de estos estudiosos del marxismo va a ser satisfecho. Los socialistas alemanes, depositarios de innumerables documentos y escritos de Marx y Engels, que hasta no ha mucho mantenían en hermético secreto, parecen decididos a exponerlos al público.

Tratándose de una personalidad como la de Marx, hombre de gran actividad revolucionaria y de una potencia y actividad mental sin precedentes, que ha hecho surgir a su alrededor un verdadero enjambre de intérpretes y de pretendidos continuadores, esos documentos no deben permanecer ocultos. Su persona, como sus doctrinas, son la encarnación y la representación sintética y simbólica de toda una clase, que lleva en su seno los gérmenes fecundos de un mundo mejor: el proletariado, cada día

más consciente, más apto y más potente, a consecuencia de su organización sindical, también cada vez más vasta y poderosa.

En estos últimos tiempos, en Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y Estados Unidos, la literatura marxista se ha enriquecido enormemente. Incluso los profesores de sociología y economía política, simulando un profundo desprecio por los llamados «sofismas de Marx» han comprendido que es necesario arreglar cuentas con el pensador de Tréveris, aunque en esta nueva actitud, la ciencia universitaria confirma nuevamente su impotencia y pedantería características.

Una gran parte del mérito del renacimiento marxista que se observa en Europa, corresponde por entero al sindicalismo, que con su interpretación ha reavivado, con nuevos datos, producto de una experiencia post marxiana, la vitalidad vigorosa del marxismo.

El llamado de Sorel, hecho 15 años ha, encontró eco. Hoy la vuelta a Marx e un hecho en todos los países de Europa. La única excepción, a este respecto, la ofrecen los países de habla castellana, donde la ignorancia del marxismo es general y absoluta, lo que hace posibles y explicables, por otra parte, todas las estupideces y tonterías que ofrecen los intelectuales castellanos en materia sociológica o histórica, como asimismo la persistencia en ellos de la sociología Comtiana y Spenceriana, que hoy, en todos los países cultos, es considerada como narraciones novelescas.

Para nosotros, que siempre hemos tenido el orgullo — bien fundado y justificado por cierto — de considerarnos marxistas, hoy tenemos la gran satisfacción de ofrecer a los compañeros la síntesis de varias cartas de Marx, dirigidas a Engels, las cuales permiten conocer un aspecto angustioso de la íntima existencia del autor de «El Capital». Las cartas, tal como aparecen, las hemos entresacado de un artículo que, con el mismo título por nosotros adoptado en estas líneas, publica Aquiles Loria en la «Nuova Antología», ocupándose de los cuatro volúmenes del epistolario de Marx-Engels, que ha aparecido en Alemania hace poco tiempo.

La síntesis — aunque incompleta y fragmentaria — es muy interesante, por referirse al período más glorioso de la existencia de Marx, puesto que abarca 16 años (1852-68,) durante los cuales fueron escritas las principales obras, como ser: «El XVIII Brumario de Luis Bonaparte», «Revolución y contrarrevolución», «Crítica de la Economía política», «El Capital», y muchas de menor importancia, y en ese mismo período, fué constituída la gloriosa «Asociación Internacional de los Trabajadores».

Y en esos años, en que las cartas nos revelan a Marx sufriendo angustias indecibles, viviendo una vida de espantosa miseria, hasta el punto de carecer de dinero para pagar los derechos funerarios del entierro de un hijo; cuando ni tenía papel para exponer sus ideas geniales; en fin, cuando Marx no tenía en su hogar alimentos y en su casa no había luz ni calor; cuando trata de irse a vivir en los últimos suburbio de Londres y procura hallar colocación de criadas para sus hijas mayores, el naturalista Carlos Vogt, lanzó a la publicidad su miserable panfleto acusándolo de vividor y estafador de los trabajadores. Como si esta acusación no fuera suficiente, las plumas mercenarias de la «Gaceta Nacional», lanzaban, también contra Marx las más calumniosas acusaciones. Según estos periodistas, Marx empleaba el chantage, la extorsión para obtener dinero, y se dedicaba a la falsificación del papel moneda.

Marx recurre a los tribunales de su país para obtener justicia, pero el Tribunal de Berlín se negó intervenir con el pretexto que el asunto no era de interés público.

En fin, los años a que se refieren las cartas que a continuación publicamos, son los más culminantes de su existencia de revolucionario y de pensador. Mientras el nombre de Marx volaba de uno a otro extremo; mientras centenares y hasta miles de personas comentaban la aparición de su obra inmortal, Marx, el autor de «El Capital», el «Terrible y autoritario jefe» de la Internacional no pudo asistir a una invitación porque no tenía ropa con que vestirse El autor de «El Capital» habíase visto en el durísimo trance de empeñar sus trajes y el reloj.

He aquí algunas cartas, bien que fragmentarias, suficientemente elocuentes para ilustrarnos sobre las circunstancias señaladas:

«Abril 24 de 1852. — La semana pasada hube de afrontar los tormentos más horribles, de los que no puedes formarte una idea. El día del entierro de mi niño, el dinero prometido no llegó y víme obligado a recurrir a varios franceses para poder abonar los gastos del entierro».

«Septiembre 8 de 1852. — Mi mujer está enferma, la pequeña Jenny también. Norina tiene una especie de fiebre nerviosa. No puedo llamar al doctor porque no tengo dinero para las medicinas. Desde hace ocho o diez días tengo la familia a dieta de pan y patatas, a pesar de no ser adecuadas al clima, ya frío; y, además, no sé todavía si podré procurármelas».

«Octubre 27. — Ayer empeñé el traje que me hice en Liverpool para comprar papel para escribir».

«Enero 28 de 1858. — No tenemos más carbón en casa. En verdad que si ha de durar este estado de cosas, sería mejor estar cien pies bajo tierra, que vegetar así».

«Julio 18 de 1858. — No puedo trabajar, teniendo que perder días enteros en tentativas para conseguir dinero».

«Febrero 25 de 1860. — La pequeña Jenny hállase desde hace dos meses bajo cura médica. Ella decae a vista de ojos. Es después de todo, bastante madura como para sentir todo el peso de nuestra situación, y es ésta, a mi parecer, la causa principal de sus sufrimientos físicos».

«Mayo 27. — El sábado último recibí una intimación sumaria de la Compañía del Gas para pagarle una esterlina y 10 chelines, de lo contrario seré eliminado del libro de consumidores».

«Junio 18 de 1862. — Mi mujer me dice todos los días que preferiría hallarse en la tumba con sus chicos, y yo no sé contradecirla, porque las humillaciones, los dolores y temores que en esta situación tienen que sufrirse, son verdaderamente indescriptibles. Ella ha llevado al Monte Pío objetos recién empeñados; pero, aun esta fuente se agotó, así que élla tuvo que recurrir, sin resultado, a la tentativa de vender mis libros. Lo que, sobre todo, más me aflijen son mis pobres chicos, que ven a sus conocidos divertirse en esta época de la expansión, mientras a ellos ya nadie los viene a ver, y la miseria los cubre».

«Enero 28 de 1863. — Mi mujer se encuentra en un estado de sobreexitación nerviosa y no hace más que llorar».

«Julio 31 de 1865. — En los últimos meses, he vivido exclusivamente en el Monte Pío...»

«Agosto 18 de 1865. — El 28 de agosto tengo que pagar al carnicero una cuenta de 10 libras esterlinas, y no sé como hacer».

«Agosto 7 de 1866. — Hoy el carnicero ha suspendido el envío de carne, y hasta la provisión de papel está por agotárseme».

«Febrero 21 de 1867. — Para el sábado tengo una amenaza de embargue judicial, por parte de un tendero, si no pago, por lo menos 5 libras».

«Marzo 27 de 1867. — Antes de partir debo desempeñar mis trajes y mi reloj, que residen en el Monte Pío».

«Abril 30 de 1868.—Dentro de 2 días cumplo 50 años. Como aquel lugarteniente prusiano que decía: «50 años y siempre lugarteniente», yo puedo decir: «50 años y siempre pobre». Tenía razón mi madre al exclamar: «¡*Ah, si Carlos se hubiera formado un capital, en lugar de escribirlo!*»

Todos los apuros de Marx eran salvados por Engels. Y después de 1868, si Marx dejó de vivir en la miseria, se lo debe igualmente a éste — que, dado el buen resultado de la industria algodonera que ejercía — le permitió fijar a Marx una pensión de cien libras esterlinas trimestrales. Pensión que Marx, en muchas ocasiones, observa Loria, se veía obligado a solicitar antes del plazo.

Un aspecto curioso y simpático de la vida de Marx, lo constituye el hecho de que, mientras se veía obligado a recurrir continuamente a Engels para hacer frente a sus apuros, el mantenía en su casa a varios revolucionarios más necesitados.

El epistolario, aparte del interés biográfico, es notable desde un punto de vista científico. Según el economista mencionado, hay en él cartas, reflexiones y observaciones que valen muchos volúmenes de historia, de economía y de filosofía.

En España, donde todos los detritus literarios encuentran editores, ¿no habrá uno capaz de unir su nombre al del genila teórico de la lucha de clases?

Hoy, que tanto se habla de cultura intelectual, Marx no debe ser para los españoles un pensador desconocido o privilegiado sólo al alcance de los políglotas.

A nuestro juicio, la publicación en castellano de las principales obras de Marx es cada vez más útil y necesaria para todos aquellos espíritus que desean comprender los conflictos sociales de nuestra época.

A. VERNOT.

El materialismo histórico

El materialismo histórico, como la lucha de clases, la acción directa, el Sindicalismo, ha sido desfigurado, falseado, por los autores que se han detenido en la superficie de las cosas impedidos de penetrar en el fondo de las cuestiones por sus prejuicios de clase, les ha vedado comprender aquellos métodos de estudio y de acción, destinados no solamente a conocer la sociedad, sino también a orientarse con acierto en ella.

El materialismo, como todo método de estudio, puede explicarse en pocas palabras, pero sus adulteraciones y erróneas interpretaciones obligan a cierta extensión.

Antes de explicar lo que aquél significa, me ocuparé de sus críticas y erróneas comprensiones.

Muchos autores han tomado la palabra «materialista» en un sentido estrecho, mezquino, como lo contrario a «ideal», «noble», «elevado»... Por eso B. Croce vióse obligado a sustituirla por «realismo», con el objeto de hacer notar que Marx quería fundar y apoyar sus estudios y observaciones sociales, sobre hechos, sobre realidades y no sobre abstracciones o teorías construídas fuera de la vida, y por consiguiente, completamente inútiles para ayudar a las colectividades a comprender la realidad de su vida y a saberse orientar en ella.

Como el materialismo histórico se basa en el hecho económico, o más propiamente dicho, se funda en la forma de la producción y establece que ésta genera y explica todas las demás instituciones políticas, jurídicas, religiosas, y principios morales, ideas, etc., los autores no lo han penetrado y comprendido en toda su verdadera tendencia o significado; han confundido cierto «determinismo» que encierra en sí la forma de producción, con «fatalismo», presentando la vida del trabajo, como imposible de ser modificada o cambiada por la acción de los grupos sociales. En el socialismo político puede notarse esa falsa interpretación del marxismo, al aconsejar a los trabajadores que conquisten el poder por medio del voto para que el simple progreso de la técnica de la producción, realizace la emancipación de los asalariados. El progreso no aparece en esa falsa concepción del marxismo, como esfuerzo inteligente y enérgico de la voluntad de la clase trabajadora organizada, sino como una fuerza oculta que empujara siempre hacia adelante a las colectividades. Marx, en distintos pasajes de sus trabajos, declara que los asalariados no saldrán de sus condiciones opresivas en el trabajo sino por su propio esfuerzo y voluntad. El presenta al socialismo, como un movimiento obrero conciente que hace su propia historia.

El materialismo histórico hace notar que el progreso de la técnica, da sólo, diré, la materia prima, facilita las condiciones propicias al asalariado para que conociendo profundamente su medio, descubra los elementos adecuados para transformarlo por otro que sirva mejor a las nuevas condiciones de vida, que siente la necesidad de realizar. Aquí es oportuno hacer notar que la libertad, para nosotros los sindicalistas, no la concebimos como la burguesía democrática, que ignorante del medio social, pretende y aspira a realizar en la vida de las colectividades una libertad abstracta y absoluta. Nosotros tomamos al hombre concreto, real, y comprendemos que su vida guarda una relación íntima con su medio y que si desea cambiar aquélla, debe comenzar por transformar éste. Ellos pretenden hacer libre al pueblo sin cambiar el medio social, mientras que nosotros los sindicalistas, aspiramos a transformar previamente el medio social o económico para que la humanidad pueda ser libre en su vida real. Las declaraciones de los derechos del hombre que la burguesía ha paseado por los pueblos, son una justificación de lo que vengo estudiando.

Concluyo sobre el punto que vengo analizando de que «determinismo» es distinto completamente de «fatalismo». Esta última es una interpretación falsa del materialismo histórico, que sólo puede servir a los propósitos de dominación de los políticos, que necesitan una clientela de votantes, fáciles de conducir, pero no una clase productora inteligente, que haya asumido la dirección de sus propios problemas y se considere bastante capaz y fuerte para dirigirse a sí misma.

Otro de los puntos en que muchos autores han falseado el método materialista de la historia, es el de los factores históricos.

Han escrito muchos libros que han contribuído a extraviar muchos espíritus al afirmar que el materialismo histórico tenía por objeto fundamental el explicar todos los fenómenos de la vida colectiva de los pueblos por el factor económico. La doctrina del interés en un significado estrecho y mezquino encontraba en aquella falsa interpretación del materialismo histórico, su más completa justificación. Lafargue llamó la atención en su tiempo con esa falsa interpretación.

El materialismo histórico no tiene por objeto, demostrar que el factor económico es superior a los otros factores, político, religioso, moral, etc., sino que se concreta a afirmar que las condiciones económicas de producción generan las condiciones sociales, políticas, jurídicas, etc..., y explica la característica de cada una de ellas. De modo que el lector si quiere explicarse y comprender, en un momento determinado de la historia, la política, la moral, el derecho, la religión, necesita empezar por estudiar y conocer a fondo las condiciones económicas de producción, y estos estudios le mostrarán el génesis de todas aquellas instituciones, y más todavía, (y esto es lo notable), de que apercibiéndose el grupo dinámico de lo sociedad de los males que afligen a ésta, pueda alcanzar en un tiempo más o menos lejano, la posibilidad de que aquellos males disminuyan o desaparezcan, transformando las condiciones económicas de la producción.

Aquí en la vida del trabajo, donde se realiza la producción, está el secreto de los males sociales y también todos los elementos ocultos, pero no imposibles de encontrar, para que los pueblos inteligentes, activos y enérgicos puedan librarse de ellos.

En la vida del trabajo colectivo es donde puede hacerse notar, ponerse de relieve la fuerza conservadora de la sociedad, como también la fuerza dinámica transformadora de ella. Es aquí, en el mundo de la producción, que surjen y se dibujan ante todo observador inteligente, las clases, los problemas y las luchas que se ven en la necesidad de tener, con peligro a veces de la estabilidad del edificio social.

Es con el método del materialismo histórico bien comprendido y aplicado que la persona, despreciando las posiciones públicas y penetrando el mundo de la producción, llega a comprender el funcionamiento no sólo económico de la sociedad, sino toda la vida política, social, religioso, moral y jurídica, y no sólo llega a explicarse toda su vida interna, sino también a conocer sus fuerzas colectivas y la orientación y misión histórica de cada una de ellas.

Es en el mundo de la producción que la persona inteligente y buena aprende a despreciar la vida superficial, estéril y vana de la política, y a penetrarse de una moral que lo eleva y ennoblece en su vida silenciosa y modesta.

J. A. A.

La democracia y el eterno parasitismo

Es de creer que habrá en el léxico muchos vocablos que carecen de sentido, pero indudablemente ninguna podrá aventajarle en inocuidad a la voz «democracia»; sustantivo carente de toda sustancia. Quizá por esta virtud es hoy tan apreciada y usada por un género de gentes que hicieron de ella su palabra cabalística a cuyo conjuro se han de mover obedientes las mesnadas populares.

Se define por «soberanía del pueblo sin distinción de clases sociales ni de individuos, sean éstos pobres o ricos, sabios o ignorantes».

Ya en la antigüedad se han desangrado los hombres en siempre renovadas contiendas alrededor del establecimiento de gobiernos que correspondieran a aquella denominación, sin nunca haberlo logrado enteramente y de un modo estable.

Y hasta cierto punto nos explicamos que, en aquellos pueblos que antes de nuestra era bordeaban las riberas del Mediterráneo esto sucediera, porque en ellos lo que se denominaba pueblo era en realidad una clase especial, en la que no estaban comprendidos para nada las masas de esclavos que componían el mecanismo de la producción. Aquellas eran más bien luchas de facciones, en las que actuaban por una parte el mayor número de los ciudadanos contra otra menos numerosa de los mismos que por su riqueza o sus méritos militares pretendían el predominio político. Era una resistencia de los primeros a que se destacasen en clase superior los segundos por su posición económica; y militaba en favor de aquéllos la homogeneidad étnica y ética que a ambos contendientes los ataba en la historia.

Allí había pueblo, en efecto, y se tendía a que continuara habiéndolo; pero razones, que con Engels podemos llamar económicas en última instancia, frustraron estos esfuerzos, y desapareció para siempre toda entidad social que pueda lógicamente denominarse así.

Tenemos que saltar muchos siglos para ver aparecer de nuevo la hetereóclita bandera democrática. Para ello fué necesario subvertir todo el sentido de la historia, cosa no difícil desde que el cristianismo trastrocara ya todos sus conceptos. No había pueblo, ni era posible que lo hubiera, pero era necesario que se creyese en él y un nuevo mito surgió para uso y provecho de las eternas castas de intelectuales que han conturbado todos los tiempos con los brillantes colores de su cola de gallináceos desplegada en los templos y en las plazas.

Todos están contestes en personificar en Rousseau — doloroso sujeto y afortunado autor del actual evangelio político, — la gloriosa concepción de un organismo social en el que había colaborado toda una generación de humanistas y que estaba destinado a establecer el reinado del tríptico de la revolución francesa. Rousseau encarnó la «reprise» mesiánica de la Buena Nueva con el descubrimiento del «pueblo», de ese pueblo que, lo mismo que el viejo Dios, está en todas partes: éste envuelto en el nimbo de la Fe y aquél en el de la Razón.

Si fuera verdad la proposición de Hegel de que todo lo razonable es real y viceversa, es preciso confesar que la Razón es muy digna de haber nacido también en un pesebre como el Otro, pues su realidad corresponde a la misma naturaleza; ambos son la realidad de lo absurdo sirviendo de alimento a lo inútil.

Pues no puede negarse que sea una realidad, y desde luego realidad concreta, ese estado moral del hombre razonable que lo obliga a ajustar sus acciones colectivas de acuerdo con principios puramente espirituales y para satisfacciones espirituales; y esto es lo absurdo. Y como todos los movimientos racionalistas, aunque ellos sean del espíritu, necesitan de los mentores para su unidad y disciplina, surgen por doquier éstos con tal abundancia, que se forman castas especiales con ese objeto; esto es lo inútil.

No hay necesidad de establecer distinciones morales entre unas y otras ramas de este espécimen humano; son solidarias en sus fines: el parasitismo social. Todo el que vive de las ideas de los demás es un parásito; y la posible inconciencia de su acción no lo substrae al calificativo.

Podrá parecer impropia la inclusión en la misma familia, por ejemplo, de un clérigo y de un demócrata — entendiendo por tal no al tipo de rebaño, sino al mentor, — que hoy denominamos, aunque impropiamente, «intelectual», — sin embargo, si se pára uno a examinar el caso, pronto aparecen las similitudes; no hay que dejarse engañar por apariencias exteriores, el hábito no hace al fraile; obsérvense sus elementos de acción: palabras, oraciones, discursos; según ellos, henchidos de enseñanzas; pero entienden la enseñanza de un modo particular que los pone de relieve y delimitan en la sociedad como casta de mentores; instruyen siempre y únicamente al mundo, en el modo de seguirlos y considerarlos necesarios, pues como saben donde se anidan todos los bienes que los hombres persiguen, allí los conducirán con toda felicidad, con tal que dirijan el pensamiento y las acciones cotidianas, en cierto sentido por ellos indicadas cuidadosamente.

La ubicación de la meta, siempre subjetiva, va mudándose según los tiempos, ora en el reino de los cielos, ora en la soberanía del pueblo. Como no está en su poder la cristalización del conocimiento, se ven fatalmente condenados al ejercicio de Proteo.

No debe extrañar, pues, que no haya diferencia substancial entre los grupos de hombres que se nutren a la sombra de los errores del inmenso número de sus semejantes. Desde el curandero santón de cualquier horda salvaje, pasando por los sacerdotes de todas las religiones y los directores espirituales de todas las sectas democráticas hasta el iconoclasta anarquista, no hay solución de continuidad en su naturaleza, ni siquiera diferencia de grado. Distínguense tan sólo por su modalidad de adaptación que es en ellos una virtud maravillosa; por ella pontifican en la iglesia, en la universidad, en la política, en la prensa, en las cuestiones sociales, en todas partes donde haya ideales o prejuicios que sostener, viejos o nuevos; donde quiera que se mantenga un pensamiento colectivo: ellos son los iluminados, los imprescindibles, los portadores de la Verdad una e indivisible, los mentores en fin, que se sacrifican por el Pueblo aunque se les admire mal, siempre que se les alimente bien.

Como su existencia es siempre teatral, son peritos en la «característica», y esto induce grandemente a engaño cuando se trata de determinar sus respectivos papeles en la sociedad. Al ventilarse esas cuestiones que ellos llaman magnas, como, por ejemplo, la religión, la filosofía o la política y toda la escuela de este morbo moral en que se debaten ciegamente la muchedumbre, allí está en su elemento el éxito parasitario, propendiendo a la confusión y al extravío, disputándose las jefaturas que conducen a las prebendas públicas con un despliegue de verbosidad que inunda y se adhiere a todas las causas.

Los que ya están ubicados se yerguen indignados cubriendo de denuestos a los advenedizos, y éstos, iracundos portadores de «nuevas verdades», los fulminan con ellas; y entonces la plebe admirada los considera enemigos irreconciliables.

Pero ellos no yerran sobre este punto y saben que sólo existe una contienda de competidores a un «modus vivendi» distinguido y cómodo y saben que se tiran a fondo y llaman por sus nombres, cuando el peligro los obliga a gritarse mutuamente: miserables charlatanes y embaucadores. Aquí, el pastor, el clérigo, el ácrata, el socialista, el simple demócrata — todos los sacerdotes y todos los demagogos — todos los que viven de la Verdad, del Bien, de la Felicidad del Pueblo, todos los que viven de las ideas y las pasiones de los demás, saben a qué atenerse. Se conocen: charlatanes y embaucadores; no hay mejor cuña que la de la misma madera.

Para los sindicalistas que estamos libres de su proximidad, que nos consideramos inmunes de esa epidemia por ser nuestro espíritu propiamente una asepsia contra todo parasitismo intelectual, esa plaga en los demás no hace más que favorecernos, pues que estamos en guerra con todo el mundo. Bien mirado, no deseamos su desaparición, que significaría un saneamiento en nuestros enemigos; pero estamos en la imprescindible necesidad — y a ella dedicamos toda nuestra acción y nuestro pensamiento, — de advertir del peligro a nuestra clase; de que no se deje desviar por el canto de las sirenas; que sólo en ella reside el germen de su porvenir y los medios de hacerlo fructificar; que el mundo es sólo interesado mirado desde el punto de vista de sus propios intereses; que ella no tiene nada de común con todos los hombres que no le pertenecen.

Que caiga la venda de los ojos del proletariado para siempre y vea, que si la burguesía monopoliza su fuerza de trabajo es porque otra clase, inferior por ser infecunda, monopoliza su inteligencia y galvaniza su voluntad.

Que se defina en la historia que está elaborando, y queden a un lado toda esa masa amorfa y estéril a la que sus parásitos llaman Pueblo, y del otro, nosotros, la Clase Obrera.

SERGIO SONIA

DIFUNDID

"La Acción Obrera"

El presente y el porvenir del obr[ero]

El obrero es un paria en la sociedad capitalista actual; se le tiene en cuenta cuando se le necesita, pagándole como salario lo extrictamente necesario para que no se muera de hambre; luego se le despide y es de su exclusiva cuenta el encontrar trabajo. Nadie se considera responsable de la situación de privaciones y de miseria en que se encuentra con preferencia.

Cada uno se encierra en su egoísmo y presencia la miseria desesperante del obrero como un hecho inevitable, y nada más.

El jefe de fábrica se considera solamente obligado a abonarle el salario durante el tiempo que lo ocupa; después da por terminada toda relación con él.

La clase dirigente, adueñada del gobierno, no se considera tampoco en la obligación de adoptar medidas con el objeto de que el obrero tenga asegurados los medios de subsistencia.

Las condiciones antihigiénicas y hasta inhumanas de algunas fábricas o talleres, no son razones suficientes para que las autoridades intervengan a fin de hacerlas cesar. Los alojamientos de los obreros son caros y malsanos y entregados sin control a la voracidad de los propietarios, que sólo tienen en cuenta hacer producir a su capital el mayor interés posible.

Existe una ley obligando a los padres a enviar a sus hijos a la escuela olvidado sin embargo que muchas veces no tienen con qué alimentarlos y vestirlos, razones por las cuales aquella ley no se cumple.

La clase dirigente mientras tanto no se considera obligada a estudiar las causas porqué no se cumple aquella ley y buscar los medios de hacerla cumplir.

Pero... ¿qué les importa que los hijos de los obreros no se eduquen ni se instruyan?

La mujer y el niño asalariados no se encuentran en mejores condiciones. El proceso de la producción los ha arrancado del hogar para sepultarlos en el fondo de la fábrica o de la mina, donde esos desgraciados, empujados por el hambre, creen ayudar con sus salarios a sus esposos y padres y lo que en realidad hacen es hacerles competencia.

El jefe de fábrica o de minas obliga al obrero a disminuir su salario porque su mujer o sus hijos ocuparán su puesto en la fábrica o en la mina.

Cuando las máquinas no habían adquirido el grado de perfeccionamiento que tienen en la actualidad, el obrero, jefe de familia podía, aunque con grandes sacrificios, mantener a aquélla; mientras que ahora trabajando él, la mujer y los hijos, perciben relativamente menos de lo que aquél recibía solo.

Los salarios han seguido la ley fatal de la oferta y la demanda y a medida que los brazos aumentaban el precio del trabajo de éstos bajaba. El sindicato ha evitado esto en parte.

El obrero no debe tampoco esperar mejorar su condición ayudado por un capitalista más humanitario que los otros, pues éstos tienen intereses de clase contrarios a los de la clase obrera, y por más esfuerzos y sacrificios que hiciera, la competencia de los otros capitalistas le obligarían a seguir la corriente general y arruinarse. El capitalista al esforzarse para obtener las mayores utilidades posibles obedece al medio en que vive y se desenvuelve, por lo cual no cuadra ni es práctico hacer a aquéllos responsables personalmente; no se combate contra los hombres, sino contra el sistema, contra la organización capitalista.

Por eso se ve que cuando algunos capitalistas, proceden como éstos, el medio los obliga y éste es el que hay que cambiar.

Como se ve, la clase obrera se encuentra en la vida entregada a sus propios esfuerzos, nada tiene que esperar ni de los gobernantes ni de los capitalistas.

Esa es la situación real en que el obrero se ve obligado a vivir, situación que debe estudiar para darse cuenta exacta de ella, convencido de que en sus solos esfuerzos debe confiar para que él y los suyos no sean devorados por la miseria.

A ese propósito tiende el sindicalismo al instruir y organizar a la clase obrera, a fin de impedir el predominio aplastador del capital sobre el trabajo, y llegar a colocarla en las condiciones económicas, intelectuales y morales que necesita para discutir de igual a igual con el capitalismo las condiciones de trabajo, hasta que superior a la clase capitalista la sustituya en la gestión productora.

U. S.

«El Unico» y el proletariado

Hay un gran soldado que ha defendido todas las causas y todas las banderas. Sin tener poder, ha defendido la causa del poderoso y le ha dado el poder; sin ser soldado sino plebeyo (y despreciado por los nobles), ha defendido la causa de la nobleza. Además sirvió a la causa del sacerdocio y de la religión, del burgués y del político, con su concurso, una vez voluntario, obligatorio otra vez, levantando los tronos y los templos, que después ha abatido y ha vuelto a levantar; ha formado los imperios y ha construído los castillos, a cuyo frente puso a un señor, que ha derribado después para poner a otro; ha creado la fuerza y el derecho, las riquezas y las clases privilegiadas; y así de período en período, de siglo en siglo, ha dado nacimiento y vida próspera a la nación, la república, la patria, el estado y todas las instituciones que reglan el funcionamiento de vastos cuerpos sociales.

Sin embargo, no es el que gobierna, ni el que goza de las prebendas del estado, ni el que disfruta de los privilegios que creó y ni siquiera el que ostenta los títulos y los méritos por él ganados en cruentas batallas, en difíciles y arriesgadas empresas, en todas las obras que requieren grandes sacrificios. Al contrario, el poder se ejerce sobre él, las prebendas son disfrutadas por otros en su daño, los privilegios en su detrimento y los méritos ganados por él los debe aclamar él mismo como de otros, victorearlos en quien supo usurpárselos con tanta destreza que el mismo usurpado los celebra como legítimamente adquiridos por el usurpador...

En nombre de dios y de la patria sirvió a sus dominadores espirituales y temporales; en nombre de la libertad a sus tiranos; en el de la justicia a sus inquisidores y en el del derecho a los explotadores de su trabajo y de sus heroismos.

No busquéis en la historia a este soldado: no lo hallarías, aunque fué el autor efectivo de todo, el agente activo de todo movimiento, la fuerza propulsora de todo avance y progreso social, el ejecutor de la justicia histórica, el gran artífice de las revoluciones y de los más grandes acontecimientos humanos. Ese viejo veterano vive todavía. Parecería ser el espíritu del Quijote trasmitiéndose de generación en generación por su amor a batirse por la causa de terceros. Pero nuestro personaje no es un ente supuesto sino algo real y viviente.

Mientras todos defendían su propia causa, la de sus conveniencias, las de sus intereses, con un encarnizamiento feroz, con 1 alicia e instinto felino, él olvidaba la suya, y mediante el artificio de las palabras hermosas de caridad o religión, de patria o rey, los distintos bandos lograban enrolarlo en sus filas. Estos procedían con egoismo y astucia. El procedía con desinterés, con altruismo; es decir, luchaba por los otros. El rey triunfó con él; después triunfó la república; de nuevo la monarquía; más tarde el legitimismo; después el sacerdocio, y por último la burguesía, que le prometió libertad y bienestar.

Ese gran soldado impersonal es lo que se llamó antes el «pueblo» y lo que hoy es el «proletariado». Este ya no es aquél, pero es su descendiente y tiene mucho de parecido. Sigue como aquél luchando por los demás, pero comienza a pensar por sí mismo, a proceder por cuenta propia y en propio beneficio. Ha nacido en él (en parte de él) una visión más o menos clara de lo que es y de lo que debe ser. Sabe que es subordinado, que es explotado, y sabe también, que debe ser libre y dueño de sí mismo y del producto de su trabajo. Más aun: no se limita a eso, sino que comienza a «ser», ya es algo. Ya batalla por su cuenta, ya ha elegido y conocido su causa, la ha separado de las otras librándola de todo contacto extraño. Así se libra de próximos engaños. Es decir, que ha tomado ejemplo de los otros, que defienden lo propio. El también se hace egoista, o más bien dicho, se hace dueño de sí mismo. Hasta ahora estuvo enajenado. Se prestó, fué de quien supo conquistarlo con astucia. Ahora es suyo propio.

Lo que necesitaba, hasta el presente, lo pedía, y todos le ofrecían lo solicitado, a condición, se comprende, de que les diera el triunfo. Después de este triunfo, él reclamaba la promesa que no se cumplía, y no satisfecha, recurría al enemigo de su primer aliado, y se repetía la historia; y la historia se repitió tantas veces como cualquier sainete chistoso. Las necesidades se acrecentaban y lo que por mucho tiempo no se cumplió, se fué haciendo cada vez más apremiante hasta determinar la acción propia, expontánea ,como fruto de una fermentación excesivamente fuerte precursor del estallido.

Surge así la acción directa del proletariado, su acción reivindicadora primero, que toma después un carácter revolucionario. Se forma en fuerza independiente de todo contacto ajeno, de toda influencia gubernamental, religiosa, republicana, monárquica, política; es decir, se va aislando del mundo al cual sirvió por siglos y siglos sin más recompensas que la de remachar sus cadenas cada vez más; de ese aislamiento nace la clase revolucionaria con su conciencia, nace el «egoista», que diría Stirner.

Y ya estamos en vías del concepto de «El Unico». El aislamiento va «unificando» al proletariado, en el doble sentido de la palabra: concentrando sus fuerzas en sus organismos sindicales y dejándolo solo, «único» en el medio social propio, que por esas condiciones acentúa su carácter revolucionario. Porque — aplicando el concepto de Ibsen a las clases — diremos que la clase más sola es la más fuerte.

El «individuo» de Stirner ha pasado por una serie de condiciones que, según él mismo lo expone en su «única» obra, son idénticas a las condiciones por que ha pasado el proletariado. Sin atrevernos a sostenerlo, insinuamos que bien puede ser que el «individuo» de Stirner no sea otra cosa más que un símbolo de una clase oprimida, sirviendo siempre a otras y aplastado por las mismas, que cansada de tanto dolor y teniendo conciencia se proclama contraria de todos sus amos, y se propone luchar por sí, para la defensa de sus intereses, para la conquista de su libertad, para el logro de su emancipación. La «clase» cansada de su infructuosa colaboración perfida y contraproducente, se proclama «egoista», y siguiendo el desarrollo de su propósito llega a querer ser el todo — aspiración proletaria de unificar en los productores libres, a todo el género humano: — «El Unico».

Pero, se nos observará por el que vea la cosa a primera vista, que para Stirner, «El Unico» no era solo, sino que tenía, además, «su propiedad»... Precisamente, esto nos hace afirmar en nuestra convicción, pues «El único y su propiedad» se nos aparece como «el libre productor y sus medios de producción».

En efecto, el individualismo inteligente; un individualismo no burgués — que es la negación más absoluta de la individualidad, porque queda sometida, subordinada y esclava de «su propiedad»—debe basarse en un principio lo más aproximado posible a este: «el individuo bastándose así mismo». ¿Cómo se basta a sí mismo el individuo? Poseyendo sus medios de producción, es decir, pudiendo subvenir a sus necesidades, sintiéndose capaz de producir, de trabajar, de hacer obra, de transmitir su personalidad en hechos, en cosas; no cayendo en el parasitismo, que impide la manifestación noble de la individualidad y sólo le deja el campo de la manifestación despótica, avalladora de terceros, que en cierto modo, y en el más lato sentido de la palabra y del concepto, es la negación del individualismo noblemente sentido.

En medio de la guerra tremenda que se libra en la sociedad capitalista; en el torbellino confuso que formamos los hombres y los grupos sociales, cada vez más va destacándose una realidad nueva, un núcleo sólido y fuerte, siempre más grande y más compacto: es el proletariado, aislándose, «unificándose», haciéndose libre.

¡«El único» es el proletariado!

Y si Ibsen tenía razón, pronto el proletariado será el más fuerte y sabrá derribar el imperio capitalista para levantar su mundo, donde cada obrero sea dueño de sí y de sus medios de vida, y pueda la individualidad de cada uno desarrollar sus facultades más bellas y nobles, trasmitiéndola con toda su riqueza y primores del genio o del talento sobre los vastos dominios del arte y del saber.

Silvano Prado.

El fin del pesquisa

La noche silenciosa hacía más agudos los silbidos de un viento que a ratos cruzaba en ligeras ráfagas.

Era una de esas noches húmedas en que la fina llovizna hace agradable el hogar. Las puertas cerradas denunciaban el reposo y recogimiento de los moradores.

De ninguna casa salía luz. El alumbrado, deficiente de por sí, esa noche resultaba nulo en ciertos lugares, pues el viento había apagado algunos faroles.

En un lugar que no hay para qué precisar, hacía horas que una silueta como la de un hombre, circulaba a ratos, yendo y viniendo cual un centinela, en el espacio de diez metros. El farol apagado lo hacía imperceptible casi. Por último, el bulto quedó fijo en el hueco de una puerta, observando hacia una casa a cuyo frente había una serie de escudos, chapas y tableros.

De vez en cuando pasaba alguna persona con paso apresurado, que el invisible individuo acompañaba con la mirada. A altas horas de la noche, cuando la lluvia se había hecho más tenaz, del lado este de la calle se percibió una sombra que lentamente se aproximaba a la referida casa. Al llegar frente a la misma, con rápidos y seguros movimientos abrió y penetró en ella.

La silueta que hemos visto en el hueco de la puerta, que se hallaba en la otra vereda, se puso súbitamente en movimiento. Se deslizó hasta la esquina oeste próxima. Sus pasos no se sentían. Al llegar allí se le aproximaron otros sujetos, que después de cambiar unas palabras y mirar hacia la casa, que les señalaba el primero, se aproximaron a ella, donde entrara el nocturno visitante. Por entre las rajaduras de los postigos de una ventana surgía un rayo de luz. Dentro, un joven que iba y venía, pasando con una bujía en la mano por frente a las rajaduras. Su sombra, agigantada por momentos, disminuída y vuelta a agrandar, se escurría por las paredes. Afuera se sentían crugidos como de puertas que se abriesen y cerrasen. Se podía adivinar fácilmente que el joven de la luz estaba revisando muebles.

La operación duró tres cuartos de hora. Luego se apagó la luz interior. El grupo formado ante la ventana se dispersó velozmente sin producir el menor ruído. Momentos después la puerta se abrió cuidadosamente sin interrumpir el silencio. Salió un hombre que conducía un bulto grande debajo del brazo, que tomó la dirección oeste con paso ligero. Después de haber cruzado la esquina, la silueta apostada en el hueco de la puerta tomó la misma dirección. Al llegar a ese lugar se le reunieron los otros individuos, siguiendo todos la misma dirección.

A mitad de cuadra había un farol encendido. Aprovechemos la oportunidad del paso de nuestros personajes junto a él, para conocerlos.

El primero que pasó fué Vánderer, un obrero activo, luchador abnegado, héroe tranquilo y silencioso del trabajo de organización, un talento oculto, un foco que iluminaba a todos sin brillar, un alma ardiente que comunicaba entusiasmo con sus palabras de oro, claras y sencillas, reposadas y sentidas.

Había conversado con la comisión de su sindicato, reunida ante un banco de una plaza, y se había comprometido a ir a sacar los libros de socios y de actas y demás documentos sindicales, expuestos al saqueo de la policía, que bajo el estado de sitio asaltaba y destrozaba las secretarías obreras. La muerte de cierto personaje policial, tenía exasperada a la burguesía y a los agentes de investigaciones. La noche anterior a la en que sucedía lo referido, un local obrero había sido asaltado por unos 30 pesquisas y aristócratas llegados en coche y automóviles, custodiados por cincuenta vigilantes uniformados, destruyendo todo y golpeando a un inquilino de la casa y derribando a su mujer, que llevaba en su vientre un futuro argentino...

Detrás de él pasó Centani, un pesquisante italiano, audaz y celoso de su misión. No abandonaba nunca su presa. Era tenaz en la persecución. No tenía ningún rubor. Si el perseguido tomaba un coche y él no encontraba uno a mano inmediatamente para seguirlo, echaba a correr desesperadamente a pie en plenas calles centrales, hasta conseguir el vehículo que lo condujera. Si perdía la pista, entonces se desesperaba y renegaba, descargando su rabia contra la «madonna».

Los otros eran pesquisantes puestos a sus órdenes.

—¡Apúrense, apúrense, que en la esquina le atajamos!—dijo el polizonte, redoblando el paso.

Vánderer, por su parte, dándose cuenta de la persecución, al ver el grupo que lo seguía, sin echar a correr, iba casi a la carrera. Sus pasos eran largos y ligeros. Les llevaba media cuadra. Al llegar a la esquina dobló. El pesquisante echó a correr y en un instante se halló en el punto donde desapareció nuestro joven. Miró por todos lados y no lo vió. Nadie había en la calle a esa hora. Las puertas estaban todas cerradas. No había duda; el fugitivo, calculando de antemano la persecución había preparado todo: alguién lo esperaría con la puerta pronta a cerrar después de entrar él Vánderer no habría tenido que hacer más de 30 ó 40 metros a lo sumo. Entonces ,en alguna de esas casas se hallaba.

Así era en efecto. Cuando él fué para la secretaría de su sindicato, otros compañeros de la comisión se dirigieron a casa de un socio, antiguo luchador adormecido ya, pero que no dejaba de sentir algo de la belleza de su pasado y de quien no dudaban sus camaradas del concurso para un caso tal. Vánderer penetró en la pieza de su compañero y comenzaron a tomar mate riéndose a carcajadas de la plancha del enemigo. Pero el pesquisante no se dió por vencido. Donde el valiente joven había entrado debía haber luz mientras los demás dormían, y esto podía servirle de rastro para su pesquisa. Llamó al agente más próximo e inquirió sobre la calidad de los vecinos. Todas eran casas de inquilinato. Pues bien, distribuyó su gente en comisiones y golpearon las puertas. Abiertas éstas recorrieron las casas observando donde había luz y presentándose a ojear «para ver si había entrado un ladrón».

En la pieza donde estaba nuestro joven, cuando las luces comenzaron a encenderse en otras, allí se apagaron... Pero seguro de su astucia el pesquisante estableció una rigurosa vigilancia. Estaba furioso y no quería perdonársela. Eso de habérsele escapado le parecía una ofensa inferida a su honor. Vánderer estuvo así preso hasta la noche siguiente, pues no le habían permitido que saliese y no lo hizo para no ser visto y no comprometer a su camarada. La noche siguiente, a las horas del bullicio de la oración, salió sigilosamente. Al llegar a la esquina fué tomado, pero no habiendo visto de dónde salió no se comprometía a ninguno. Además, los libros ya habían salido en distintas direcciones con apariencias de ropas y otros objetos.

El pesquiza triunfaba en parte, y se vengó maltratando al apresado por la jugada sufrida.

Vánderer fué enviado a un buque donde soportó castigos, palizas y heridas. Varias cicatrices atestiguan todavía el paso del dolor sobre su cuerpo. Como otros parias de esta sociedad, soportó las penurias y las vejaciones más atroces, sin tener la satisfacción legítima del castigo de sus inquisidores.

Pero quiso la casualidad hacer de él el agente de su propia venganza.

Por su carácter reconcentrado y por algunas hazañas que se le atribuían en las luchas obreras y en la reciente huelga general, se le consideraba un «peligroso» Un día fué visto en un camino, por las afueras de la ciudad, donde solía pasar el presidente en automóvil. Avisada la policía encargada de custodiar a tan alto personaje, tomó serias medidas, con tanta mayor razón cuanto que el «peligroso» había escrito artículos llenos de odio, hablando de venganzas.

Lo más acertado que les pareció a los jefes fué poner de custodia del presidente al tenaz Centani. Desde entonces, éste seguía al automóvil presidencial en una motocicleta, y al ver venir personas por el camino, se adelantaba rápidamente mientras el automóvil disminuía su marcha, inspeccionando así la calidad de los individuos.

El pesquisa era atento. Se adelantaba; se cruzaba por delante el auto haciendo alarde de sus cuidados y de su fidelidad.

Pero un día el automóvil lo arrolló aplastándolo bajo sus ruedas.

Vánderer supo la desgracia y tuvo una reflexión.

—¡Murió — dijo — como los antiguos creyentes que se arrojaban bajo el carro de sus ídolos!

Aquello era todo un símbolo de la vida real: el mejor representante de la burguesía aplastando al mejor representante de sus servidores. ¡Así pagan los poderosos!

Teseo Andino.

EL CAPITALISMO

El capitalismo no es un principio técnico de la producción, o en otros términos, no es una institución sólida del progreso continuo del maquinismo, de modo que uno y otro guardara siempre en todos los momentos relación íntima. Sostener esa tésis sería justificar el capitalismo, y en consecuencia, condenar la revolución obrera, que persigue entre otros propósitos morales y políticos, en un sentido marxista, propósitos económicos; es decir, cambiar la forma económica impuesta por el capitalismo, por una forma económica sindicalista, lo que se realizaría sustituyendo la dirección de los patrones por los sindicatos obreros, competentes y morales para organizar y dirigir la producción en servicio de la colectividad productora.

No se nos oculta la dificultad de la tarea, al pretender describir teóricamente el significado verdadero del capitalismo, pues éste es una forma de actividad económica, de vida impuesta por una clase, al resto de la colectividad. Su modismo y condiciones en el trabajo social.

El capitalismo es la forma económica que tiene por objeto usufructuar la tierra y los medios de producción en beneficio de la clase que los posee. El capitalismo tiene su gobierno propio en el trabajo, con todas las facultades autoritarias necesarias, para fijar las condiciones en el trabajo: jerarquía, reglamentación, retribución y penas, y con todos los resortes políticos que le da el Estado, y otros recursos morales (!) que le facilita la educación burguesa, la prensa, la iglesia, etc., para mantener a la clase asalariada en condiciones que reporte siempre seguridad, ventajas y utilidades a la forma económica capitalista actual.

La clase asalariada se encuentra siempre en presencia de este dilema: no trabajar, lo que importa morirse de hambre, o trabajar en las condiciones impuestas por el capitalismo. De modo que éste es dueño exclusivo de las condiciones de vida económicas, morales e intelectuales del proletariado.

Para hacernos comprender necesitamos pedirle al lector que dirija su vista al campo de actividad productiva y procure observar la manera de funcionar de la institución patronal, en el taller, la usina, etc.

Lo que caracteriza el capitalismo es una forma económica por la cual una clase (la patronal) necesita tener sometida a la otra (la asalariada) en ciertas condiciones de vida en el trabajo, para que él pueda regojer utilidades y ganancias. Las condiciones de vida a que se ve sometida la clase asalariada no son impuestos por las exigencias de la técnica sino por el medio económico capitalista.

La institución patronal y el Estado han sido útiles y necesarios en los comienzos del industrialismo. El pueblo dispersado, sin disciplina, ignorante, ha necesitado de una dirección capaz y fuerte para llamarlo a las condiciones de vida,ordenada e instruída que iba exigiendo el progreso industrial. Esa vida que solicitaba el gobierno en la sociedad y el patrón en el taller, eran establecidas en intereses comunes; queremos decir que la cooperación de todos era necesaria y sus resultados tenían un significado común...

Pero aquel medio social y político se ha ido cambiando a medida que el progreso de la técnica ha ido modificando las relaciones sociales en el trabajo, y ya puede decirse que hemos llegado a las condiciones en que aquella dirección y disciplina impuesta de

CONFEDERACION O. R. ARGENTINA

1° DE MAYO 1914

GRAN CONFERENCIA

La Confederación Obrera Ragional Argentina convoca al proletariado de Buenos Aires para la conferencia conmemorativa que se realizará el 1° de Mayo, a las 9 de la mañana, en el local México 2070.

Cabe esperar que dada la significación de la fecha, todos los trabajadores acudirán a la Conferencia.

Así lo espera la Confederación de los trabajadores de Buenos Aires.

Hablarán los compañeros Luis Bernard, Luis Lotito, Julio A. Arraga y José Montesano.

---

arriba, se ha reemplazado por otra espontánea y libre, debido a una nueva competencia y educación en la clase asalariada. Esta transformación en la vida del trabajo ha venido a plantear el problema social. Ha formado las dos clases: la patronal y la asalariada, pero aquel progreso ha traído un antagonismo irremediable entre los patrones que quieren organizar y dirigir el trabajo desde su punto de vista, y la clase trabajadora que se siente ya apta para dirigirse a sí misma y aspira a intervenir en la dirección y organización del trabajo.

Mientras la técnica de la producción ha progresado en condiciones de colocarla a tal punto que la clase capitalista, de acuerdo con la clase gobernante, se esfuerza continuamente en abrir nuevos mercados para dar salida a su abundantísima producción, y la clase asalariada se ha visto obligada por la forma económica capitalista, a aglomerarse en las capitales, a organizarse, a instruirse, en una palabra, ha experimentado también gran progreso, y el capitalismo, es decir, la dirección y organización del trabajo a base patronal, continúa siendo la misma que cuando la producción permitía, exigía la dirección patronal, pues ésta satisfacía perfectamente las necesidades de la técnica y del consumo; pero los trabajadores han llegado a tales condiciones que la dirección patronal no sólo dificulta el progreso de la técnica industrial, sino que ha creado el problema social, con todas sus crisis periódicas, paros forzosos, miserias, emigraciones en masas, alcoholismo, militarismo, etc., etc. Y así, todo pensador desinteresado puede notar que la institución patronal y estatal están en contra de la colectividad con los progresos de la técnica y los adelantos intelectuales y morales que ha alcanzado el proletariado productor.

Es no conocer el mundo de la producción, el pretender mantener la dirección patronal y estatal, en el trabajo, sin comprender que es ella la única causante de las crisis periódicas, las guerras y la escasez.

Para que estos males que se tratan de remediar con legislación social, mutualismos, y otras cantiplerías desaparezcan, tendría que realizarse una de estas dos cosas: o la supresión del industrialismo, lo que es un imposible, pues el progreso no se hace retroceder, o la supresión de la dirección de los patrones y de los gobernantes en la producción.

De aquí la necesidad de organizar y capacitar al proletariado productor, para que por medio de sindicatos dirija y organice la producción de acuerdo con los nuevos ejercicios de la técnica y las necesidades y aspiraciones de la colectividad.

El problema que debe conocer el obrero es el creado por el industrialismo moderno con relación a las exigencias de la dirección patronal y estatal del trabajo. Y una vez conocido a fondo, comprenderá que la producción social se encuentra delante de este dilema: o sigue soportando los males y las perturbaciones que exije la dirección patronal y estatal del trabajo social o excluye a esa forma económica y política antiguada, retrógrada, que dificulta la marcha de la humanidad y se da otra dirección y organización del trabajo de acuerdo con el progreso y la civilización.

La realidad económica pone de relieve la necesidad de que la forma capitalista en el trabajo tenga sometido y sujeto al pueblo asalariado, y cuanto más se perfecciona la forma de producción patronal, tanto más debe disciplinarse y esclavizarse el trabajo. La sumisión completa de éste, es la dominación, el triunfo absoluto del capitalismo. Tan es exacto eso que cuando el capitalismo no puede en el mundo del trabajo imponerse por sí, se alía o se identifica con el Estado y ambos contribuyen a mantener las condiciones económicas-sociales actuales. Y en ciertos países de la Europa, el capitalismo ha cedido sus privilegios de dominador del trabajo al Estado y éste ha instituído al patrón en el mundo de la producción. A esto tiende el reformismo de los políticos: a que el Estado tome la dirección y organización del trabajo.

El capitalismo tuvo que vencer innumerables dificultades para entrar a dirigir la producción y Marx en «El Capital» expone todas las medidas y recursos de fuerza y de astucia en colaboración con el Estado para obligar al pueblo asalariado a plegarse a las exigencias de la forma de producción capitalista.

No debo terminar este artículo, sin llamar la atención del lector sobre este hecho, que es la condenación del capitalismo: que éste huye de la dirección del trabajo, del perfeccionamiento de la técnica, para hacerse comercial, usurario, financista. No sintiéndose ya con fuerzas suficientes para sostener la lucha que lleva el sindicalismo revolucionario en el mismo campo de la producción, lo entrega a sociedades anónimas y a los gobiernos, y se hace financista especulador, agiotista, y desde el Estado, la bolsa y los bancos, donde se ha refugiado, pretende todavía, seguir digiendo la técnica y la producción, no para perfeccionarlos sonriendo a la colectividad, sino para detener la primera y desnaturalizar la segunda con el objeto de asegurar a sus capitales pingües ganancias.

El capitalismo se va desterrando él mismo del campo de la producción.

La forma económica capitalista, que la dirijan los patrones o el Estado, es retrógrada, dañina al progreso y a la civilización, y como ha dicho Engels, deberán pasar al museo histórico, al lado de la rueda y el torno.

Un sindicalista.

La conquista del mendigo

Llevado por sú abuelita, que lo tenía prendido de la sucia manecita, iba Goyito a hacer el recorrido matinal para recoger las limosnas con que vivían esos dos infelices seres, extremos de la existencia, acaso y aurora, unidos en el meridiano de la desgracia y la mendicidad.

Era un día espléndido de otoño, lleno de un sol tibio y acariciador. Por las rientes barrancas tapizadas de verdes franjas de céspedes del jardín público, se veían algunos grupos de niñas alegres y bulliciosas admirando el magnífico paisaje, que al frente presentaba un monte espeso de grandes sauces, y por sobre él, suavemente ondulada por leve brisa, la brillante sábana de la superficie del río, cuyo estuario majestuoso se nos antojaba un lecho líquido sobre el cual se mecían náyades, ninfas y toda una legión de seres que pueblan nuestra imaginación.

Entre tanta belleza que alegraban la vida, Goyito y su abuelita constituían un triste contraste por su semblante y sus ropas. Pero la carita del nene era hermosa, aunque sucia y mal cuidada. De sus narices se desprendían dos huellitas rojizas en dirección al labio superior, sello de la poca higiene.

En uno de los grupos, formado en un ángulo del jardin, sosteníase una pequeña lucha entre un niño, una señora y la niñera, que venían en dirección al centro del paseo. Frente al grupo se detuvo boquiabierto nuestro pequeñuelo, que observaba al niño en sus sacudidas y tirones contra la niñera. El nene, un lindo burguesito se echaba al suelo y arrojaba un arco que se le querían dar.

La abuelita tomó al pequeño mendigo y llevándoselo, le dijo:

—Ese niñito es tu hermano, Goyito mío; ya ves que bien está él, y vos...

El niño no atendió y siguió mirando el desarrollo de los cabriteos del burguesito. Por último, éste tomó el arco y corrió lejos de su mamá, perseguido por la niñera. El niñito perseguido arrojó el arco, que Goyito corrió a recoger. El otro, entonces, lo volvió a tomar y aprestóse a repeler a este tercero en discordia, pero nuestro pequeño, atraído por el apetecible instrumento de diversión, motivo de la lucha, se lo arrancó a su dueño.

El pobresito fué conquistador. Conquistó un objeto que tanto desearía, que podía ser un motivo de alegría para él y que lo era de disgusto para su ocasional adversario. Pero su lógica no debió ser muy buena, pues la misma abuelita le quitó el juguete, que el otro niño tomó y retuvo malhumurado.

Goyito no entendía mucho de propiedad ni de derecho. Sólo vió que el otro quería arrojar algo que él ansiaba y fué a recogerlo, y si bien el otro cambió de parecer, él le hizo ser consecuente. Triunfó, pero por sobre su triunfo estaba la fuerza de los que le rodeaban.

La mendiga se fué con su niñito, que marchó lloroso y queriendo revolcarse por el suelo en son de protesta, mientras la abuelita repetía su primera información al pobre Goyito:

— Quieto, querido; ¿no sabes que ese es tu hermanito? Sí, el papá de ese nene es tu papá.

—Entonces aquella señora es mamita — preguntó el niño interrumpiendo sus gestos agitados.

—No, tu mamá no vive más, hijito — dijo la anciana mientras una lágrima se deslizaba por su arrugada mejilla...

Y los dos seres infelices, siguieron su camino, movible cuadro de dolor y miseria en medio del esplendor del lugar risueño, al cual daban encanto los chalets, una magestuosa iglesia de estilo gótico, las calles bordeadas de árboles, jardines coloreados de flores y el ambiente perfumado por las suaves emanaciones de las plantas floridas.

El sol y la naturaleza, indiferente a los dolores humanos y a las diferencias de rangos acariciaba a todos con un profundo amor de padre.

Unico padre cariñoso que no niega su paternidad a los hijos, y que con sus rayos tibios doraba abrillantando la rubia cabecita del niño mendigo.

Floreal.

Lejos de dejarse intimidar por los golpes del poder, la masa obrera se agrupa cada día más en el organismo sindical. Parece que más el gobierno busca quebrarlo, más él se une, comprendiendo por instinto que las brutalidades de sus adversarios le demuestran que allí está el instrumento de su emancipación.

Por eso debemos regocijarnos de ver a la C. G. T. responder a las persecuciones de Barthou y consortes redoblando su esfuerzo de organización y de reclutamiento.

Es verdad que la organización administrativa es todo. ¿Quién ha dicho lo contrario? Pero es necesaria también la llama revolucionaria; pero si esta llama no tiene organizaciones sólidas y estables para alimentarla, ello no sería sino un fuego de paja. Acción revolucionaria, organización sindical, no son dos contrarias que se destruyen. Son las dos fases de un mismo esfuerzo de emancipación.

Francisco Delaisi.

Desarrollo del sindicalismo

Progresión sindical en Francia

que ansiaba fuerte[illegible]nte el instrumento de

Desde algún tiempo, es de buen tono en la prensa burguesa gritar que la acción sindical declina. Si se creyera a ciertos buenos apóstoles de la paz social, los obreros, desfallecidos por el fracaso de sus huelgas, aterrorizados por las amenazas de los «lock-outs», fatigados de la agitación revolucionaria de sus conductores, se desviarían del instrumento de defensa y de emancipación que es el grupo profesional, y el movimiento sindical estaría en plena decadencia.

¿Decadencia? ¿Doblegamiento? ¿Retroceso? Veamos un poco. Consultemos las estadísticas oficiales (las cifras tienen a veces de bueno que dicen lo cierto). Cada año la oficina del trabajo da el número de los sindicatos y el número de los obreros sindicados esparcidos sobre toda la superficie del territorio. Los jefes de la oficina del ministerio que operan ese empadronamiento no son sospechados de parcialidad en favor del sindicalismo. No debe temerse que ellos exageren sistemáticamente el poder de las organizaciones obreras. Aceptando sus cifras se tiene, pues, probabilidades de estar debajo de la verdad.

Veamos lo que ellas dicen:

PROGRESION SINDICAL

1890	139.692
1891	205.152
1892	288.770
1893	402.125
1897	437 793
1898	419.751
1899	491.647
1900	588.832
1901	614.173
1902	643.757
1903	713.576
1904	781.344
1905	826.134
1906	836.012
1907	957.102
1908	944.761
1909	977.350
1910	1.029.238
1911	1.054.413
1912	1.064.413

Como puede verse el movimiento sindical en Francia, según las mismas estadísticas oficiales ha seguido una marcha ascendente extremadamente rápida.

Después de un momento de vacilación natural, los obreros, que al principio habían desconfiado del regalo que le ofrecía la burguesía por el intermediario Waldeck-Rousseau, comprendieron pronto el alcance del instrumento nuevo que le reconocía la ley de 1884. Desde 1890 a 1893, el número de los sindicatos pasó bruscamente de 139.692 a 402.125; ¡se había triplicado en tres años!

Desde 1893 a 1898 hubo un tiempo de detención. Los patrones y el gobierno, espantados de ese empuje, se esforzaron, para matar en su germen la nueva organización, entre los políticos de etiqueta revolucionaria, los unos que veían una concurrencia para su partido político, trabajaban en desviar a los trabajadores; los otros, más avisados quizás, pero no menos peligrosos, animándolos, trataban de apoderarse de ellos y hacer un anexo de sus comités electorales.

El resultado de esas divisiones y de esas intrigas trajo un período de estagnación. De 1893 a 1898, los verdaderos sindicatos quedaron estacionados, ganando solamente 17.000 adherentes en seis años, de 402.125 a 419.751.

Pero a partir de ese momento, las dificultades inevitables del principio son definitivamente vencidas. El esfuerzo de Pelloutier y de sus amigos ha trazado al sindicalismo su ruta, fuera de todos los partidos políticos, demócratas burgueses, o demócratas socialistas. Y pronto la masa obrera se encamina a sus organizaciones.

¡Qué ascensión rápida, poderosa, continúa! Desde 1899 a 1908 los verdaderos sindicatos pasan de 419.000 a 957.000 hombres, realizando así un aumento formidable de 538.000 mienbros, en nueve años, o sea 60.000 adherentes nuevos por año.

El año 1908, a continuación de la gran crisis industrial que sacudió la Europa y la América, marcó sólo un ligero descenso de 13.000 unidades. Pero, pronto la marcha ascencional del movimiento tomó nuevos empujes. En 1910 el sindicalismo francés alcanzaba su *primer millón de adherentes*. El primero de enero de 1912 (última cifra dada por las estadísticas oficiales) subió a 1.064.413.

Es verdad que es necesario reconocer que esta masa imponente de obreros sindicados no está toda vinculada a la C. G. T. La mala voluntad de algunos jefes reformistas, la campaña sistemática de algunos políticos demasiado saturados de acción electoral, han impedido a muchos sindicatos vincularse oficialmente al organismo confederal.

Pero la C. G. T. no agrupa menos de la mitad del efectivo total. Los adherentes de los sindicatos amarillos o verdes (a pesar del apoyo intenso del patronato) son aun en número ínfimo, y en todos los conflictos, se ve con qué facilidad el elemento revolucionario, ardiente, activo y disciplinado arrastra detrás de él, a la multitud de los otros trabajadores, organizados o no.

El patronato y el gobierno bien lo saben. Así, mientras que ellos no tienen para los parlamentarios socialistas, matiz Basly, más que sonrisas y jabones, concentraban todas sus fuerzas contra la organización y los militantes sindicalistas.

¡Vanos esfuerzos!

En 1902, el renegado Millerand, después de haber constatado el fracaso de su tentativa de atar los sindicatos a su carro gubernamental, hacía fusilar los huelguistas de Chalones. Ese fué el debut de las persecuciones oficiales.

Desde ese momento no se han debilitado ni un instante, golpe sobre golpe nosotros hemos tenido la alevosía de Diaveil, las revocaciones de los carteros, el asunto Durand, la movilización de los ferroviarios, la disolución de los sindicatos de institutores, la ley Millerand, los procesos del «sueldo del soldado».

Revocaciones, persecuciones, arrestos, procesos inícuos y medidas ilegales han llovido como granizo sobre los militantes sindicalistas.

Resultado: el movimiento sindical aumentaba siempre.

El primero de Enero de 1902, en el momento de los fusilamientos de Chalones, contaba 614.000 adherentes; diez años después, a pesar de una represión continua, alcanzaba a más de ¡*un millón*!

¡Singular elocuencia de las cifras! ¿Puede existir una demostración más evidente de la futilidad de la persecución patronal y gubernamental ¿Puede encontrarse una constatación más alentadora?

Recompensa patronal

Hacía tiempo que no veía a Juan Persnon. Pero su actual estado en plena decadencia física, despertó en mi la curiosidad de averiguar las causas que lo llevaron a la condición en que lo encontraba, de tristeza y abatimiento. Su recuerdo se asociaba a sucesos de mi vida, en circunstancias bien difíciles, no hacía muchos años.

Trabajábamos en el mismo taller. El, era uno de los obreros más antiguos de la casa: 25 años de trabajo consecutivo con la puntualidad y constancia que servía a los patrones de tema para presentarlo como modelo, en todos los momentos, a cada uno de nosotros.

Y a todo esto, permanecíamos callados, pues no era cosa de entablar discusiones sobre el caso. Bien lo sabíamos nosotros, qué clase de tipo era el tal Persnon. Un perfecto traidor, un «carnero» en toda la amplitud del vocablo. El ejercía, a la vez que las funciones de obrero a la par que los demás, la de confidente de capataces y patrones. Era el espía de sus compañeros, a quienes denunciaba por la mínima falta.

Debido a esto gozaba de ciertas prerrogativas en el salario y trato de sus amos, cosa que le daba un aspecto de superioridad hacia los otros obreros.

Un día habiendo concurrido al taller, bajo la impresión dolorosa que me causaba la enfermedad de mi hijo, estuve algo distraído en el trabajo, lo que dió motivo a que Persnon, que no perdía ocasión de demostrar al capataz lo mucho que le interesaban los conveniencias de los amos, me señalara a su atención.

Como viera su baja actitud, e impusado por la tensión nerviosa en que me hallaba, recriminé al infame con un adjetivo digno de él. Esto me valió la expulsión, sin que se me atendieran razones.

Muchas veces recordé con ira el nombre de Persnon; y ahora la casualidad me lo ponían delante. ¡Y en qué estado! Yo lo veía siempre en mis recuerdos como el hombre de confianza de los dueños de mi antiguo taller, gozando su vejez al amparo de la protectora sombra patronal. Pero los hechos me lo presentaban bien diferente.

Me acerqué a él, aunque con cierta repugnancia, y le pregunté:

—¡Hola! ¿Qué se dice?

El me miró como desconociéndome. Y yo traté de orientar su memoria diciéndole:

—¿No recuerda al señor Cardón?

A este nombre, palideció haciendo un movimiento de excitación; y mirándome fijamente, ya sin negar sus recuerdos sobre mi persona, exclamó:

—¡Oh, el señor Cardón! El canalla que después de haberme explotado durante 30 años, paga todos mis servicios lanzándome a la calle como perro!

No puedo negar que sentí un placer voluptuoso en hacer hablar a ese pingajo humano; por lo cual seguí inquiriendo:

—¿Y cómo fué eso?

Y él me contestó compungido:

—Pues, estaba demasiado viejo, y ya casi no veía el trabajo que hacía yo... y el de los demás Por eso me despidió.

D. Martinez.

LA ACCION OBRERA

PERIÓDICO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO

Es el periódico obrero y de los obreros. Obreros son los que le dan vida, obreros los que lo escriben, y es destinado a la defensa de la causa obrera.

Todo trabajador consciente debe solicitarlo y propagarlo. Suscríbase, pues, y procure suscribir a sus amigos y a sus compañeros de trabajo.

Así tendrá semanalmente un vocero de vuestra clase, que informará del movimiento obrero de las tramas de los enemigos del proletariado, que fustigará cuanto se haga para desviarlo de la ruta de su emancipación.

Obreros: Suscribíos.

Dirección: Colombres 1062 (depto 2)

Suscripción mensual 50 centavos

NOTA.—Si desea recibirlo envíenos su nombre y domicilio.